

VIDA EN EL DESIERTO

(*Meditación de Cuaresma*)

La Espiritualidad Bíblica del Desierto

El desierto es la síntesis más completa de la espiritualidad bíblica. Sin entender y practicar el desierto, es imposible conocer al Dios de la revelación judeo-cristiana. La espiritualidad bíblica puede muy bien entenderse como **espiritualidad de la liberación**, es decir, de todo aquello que atañe a una auténtica realización del ser humano. *La verdad os hará libres (Jn 8, 32)*, dice el evangelio. Y el desierto en la Biblia es el lugar de la verdad en esta doble dimensión:

- **la verdad de ser hombre**, ya que el desierto prepara al humano, mujer u hombre, para mejor conocerse a sí mismo y llevar a cabo la misión encomendada;
- **la verdad de su relación/comunicación con Dios**, porque es el lugar privilegiado para saber qué quiere Dios de cada uno de nosotros, y todo cuanto está dispuesto a hacer a favor nuestro.

Mediante la práctica asidua del desierto entendemos mejor que aquella verdad que nos hace libres, dueños de nosotros mismos, entregados a nuestra misión temporal y con una experiencia de fe basada en el amor de Dios, es una verdad que se nos va haciendo poco a poco más clara en el desierto, gracias a su pedagogía de desnudamiento y confianza que nos conduce a la auténtica libertad de los hijos de Dios.

No existe hombre ni mujer que, desde Abraham a Jesús el Cristo, desde la esposa infiel de Oseas hasta la Virgen Fiel de Nazaret, desde Elías hasta Carlos de Foucauld, no halla pasado por el desierto y en el desierto encontrado su identidad personal, su vocación divina y la fuerza para ser fiel a la una y a la otra.

Ahora bien, la espiritualidad bíblica del desierto, no puede confundirse con una huida a lo fácil, y menos con una actitud desdeñosa hacia la civilización y la convivencia humana, tan plagadas de dificultades y asperezas.

Para entender adecuadamente este camino espiritual, lo primero a tener en cuenta es que “desierto” es sinónimo de “maldición”; puesto que la “bendición” de Dios es la fertilidad plena de frutos, que no se puede dar en el desierto; y también hay que reconocer como fuente de bendiciones la fraternidad y convivencia, que en la experiencia de desierto queda anulada como vivencia inmediata. El desierto es lugar de esterilidad y desamparo. La bendición de Dios es siempre fecundidad y abrazo. Por eso, el desierto nunca es por sí mismo lugar apetecible: es lugar de paso, pero no morada estable.

El desierto es la experiencia de nuestra más radical inutilidad. En él somos reducidos a la pasividad, alejados de metas y objetivos de nuestra tarea diaria. El mayor quehacer del desierto se resume en tomar conciencia de mi “yo aquí y ahora”. Un “yo” despojado de sus atributos de persona interesante, importante, activa, eficazísima...

En el desierto nadie me llama para pedirme algo que necesita de mí, excepto Dios, que me llama por mi nombre y me pide que me dé a Él.

Aceptación, pues, de la inactividad, de la inoperancia, de la inutilidad, del despojo, del vivir en la sombra, reducido a sólo ser, ser sin más. ¡Entonces podremos saber que Dios es Dios!

Desde el desierto de nuestra radical impotencia somos llamados a participar en la fecundidad del amor divino. El ser humano quisiera no ser “incompleto”, y no tener necesidad de aceptarse débil y limitado. Pero entonces, si todo lo tuviera en sí y por sí mismo, ¡nada sabría de la aventura del amor!: ese tener necesidad del otro, e ir haciéndose con los dones recibidos y la gratitud por los mismos. La humildad y el agradecimiento hacen crecer mucho a la persona que los practica; y así el desierto resulta escuela de amor en la necesidad del otro, en la humildad que pide y recibe, que reconoce y agradece.

Aceptarme limitado es vivir con clara conciencia de mi necesidad de Dios y de los hermanos. *Seréis como dioses*, es la tentación que siempre nos inclina a querer vivir sin limitaciones, y por tanto, sin necesidad de Dios.

El desierto nos ayuda poderosamente a aceptar nuestra condición de criaturas, seres débiles e incompletos, en camino hacia sí mismos, llamados a una plenitud que se alcanza en la amistad con Dios.

No olvidemos nunca: el desierto florece -se convierte en vergel- bajo los pasos del creyente que no se busca a sí mismo, su gloria personal, el triunfo de sus empresas; porque sólo busca a Dios, su voluntad, su intimidad, su obra en el mundo.

Enseñanzas principales del Desierto

Yahvé elige para su pueblo el camino a través del desierto. El camino más largo y penoso entre Egipto y la tierra de Canaán. Este designio divino está cargado de significación. Si Yahvé elige el desierto como ruta de libertad, es porque quiere ser Él el guía único de su pueblo, y mostrarle así, con hechos contundentes a lo largo de la travesía, lo mucho que está dispuesto a hacer por su querido hijo Israel.

Lo mismo con cada uno de nosotros. Déjate llevar por Dios, por su pedagogía de amor infinito, de paciencia inagotable, siempre dispuesto a reiniciar la historia rota de nuestra confianza en Él. Solo podemos experimentar su presencia providente cuando confiamos en Él, sin perder la esperanza, en medio de peligros y tentaciones (incluso de caídas).

¿Por qué Dios no nos lleva por el camino corto, por el que a nosotros nos parece más fácil avanzar hacia las metas propuestas por el mismo Dios? Dios nos guía con su amor. Cuanto más largo (y más difícil) sea el trayecto, más y mejor nos podrá mostrar las riquezas de su bondad.

El desierto como pedagogía del divino amor, corresponde más bien a la infancia de Israel y a los periodos de infidelidad del pueblo a la Alianza. El niño, por naturaleza propia de la infancia e inmadurez, ha de tener confianza en quienes lo guían, hasta que aprenda a guiarse por sí mismo, tomando buena cuenta de aquello que le ayuda o dificulta en su crecimiento y felicidad en la vida. Así, el paso por el desierto representa la inmadurez del pueblo, su infancia, necesitada de protección y acompañamiento, que Yahvé prodiga a su pueblo, niño muy querido.

Pero cada vez que el pueblo sea infiel a su Pedagogo, convertido en Esposo para su madurez, será conducido de nuevo al desierto, a fin de recordar lo que Yahvé hizo siempre por él, recuperar la adultez perdida, y ser capaz de tener con su Dios una relación fiel de amorosa intimidad.

Ser adulto es ser capaz de relaciones amorosas, profundas, recíprocas y fieles. Y así quiere Dios relacionarse con el humano, en un dar y recibir mutuos de entrega confiada y amorosa: para ello nos conduce al desierto.

Lo primero que Dios hace en el desierto es formar un pueblo. Antes de llevar a cabo el éxodo, los israelitas solo eran unas pocas hordas de nómadas semisalvajes. Hacer del caos un orden vivo es siempre fruto de la intervención divina. En el paso por el desierto, fue el pueblo haciéndose consciente de su propia personalidad, tuvo leyes propias y una organización que respondía a sus necesidades.

Lo mismo con cada uno de nosotros: nuestra unificación interior -¡estamos tan frecuentemente rotos por dentro y por fuera...!- es obra de la intervención del gran terapeuta del desierto, artífice real de la verdadera unificación de nuestro ser.

Caminar por el desierto es entrar en el ritmo de Dios, que no suele coincidir con el nuestro, el que cada uno se ha marcado a sí mismo. ¿Acaso sabemos nosotros qué es lo mejor, lo que más nos conviene, lo que va a hacer de nuestras vidas algo hermoso y fecundo? Pero Dios, pedagogo, terapeuta y amante de cada uno de nosotros en el desierto, ¡sí lo sabe!

Sumerjámonos en la gran paciencia de Dios que en el desierto se nos revela. Desnudez de proyectos y planes demasiado elaborados y tenidos como verdadera realización de mi persona, de mi destino temporal. Y permitir que Dios nos trabaje con su Sabiduría sobre mí, y me descubra horizontes, aunque sean muy limitados, de mi verdad humana, la que me hará libre.

Vuestro soy, para vos nació: ¿qué queréis, Señor, de mí? (Teresa de Jesús). San Juan de la Cruz argumenta: *para venir a lo que no sabes, tienes que ir por donde no sabes.* Para llegar a tu más genuina realización personal, que sólo Dios conoce en su más cabal forma, tienes que dejarte llevar por el camino más adecuado, que tú no conoces cual lo conoce Dios.

En el paso por el desierto somos llevados a una fe pura y desnuda. Al carecer de los alimentos y seguridades de Egipto que, aunque fuesen miserables e insuficientes, eran “reales”, sólo podemos contar con la protección de aquel que nos ha llevado al desierto. Protección siempre imprevisible, siempre indomesticable. En el desierto somos obligados a vivir o, a merced de su gracia, o en infructuosa rebeldía. El pueblo de Israel tuvo que elegir muchas veces.

La precariedad de la vida en el desierto es que no tenemos marcado el camino de antemano. Dios lo va señalando paso a paso. En ninguno de los pasos que damos se conoce el siguiente a dar. Pero la experiencia del desierto te asegura que el camino queda siempre expedito -antes o después- para quien se fía de Él.

¡No tentemos a Dios! ¡Es tan fácil pedirle cuentas en medio del peligro, o cuando amenaza el absurdo! ¿Por qué nos has traído aquí, a lo desconocido, a lo nuevo, a lo que no dominamos ni poseemos? Es la crisis propia de todo crecimiento, de todo camino hacia la libertad. ¿Por qué nos has traído hasta aquí, para que muramos de hambre, de sed o del veneno de las alimañas -era la queja del pueblo en el desierto-?

Y nosotros también, como los hijos de Israel conducidos por Moisés y Aarón, tentamos al Señor diciéndole: esto que yo padezco no es bueno para mí; lo bueno sería aquello que yo pienso. ¿Por qué, Señor, no intervienes con tu poder para solucionar este problema tan doloroso, tan nefasto? ¿No se está echando a perder lo mejor de mi vida en esta situación de fracaso o de incompreensión por parte de los demás? Tentar a Dios es pretender que Él se someta a nuestros planes, a nuestro proyecto, a nuestro ritmo. Es pretender que Él nos dé explicaciones previas que nos ayuden a evitar el riesgo y el peligro.

Por el contrario, ¡dejémonos tentar por Dios! Como Jesús, en el desierto, empujado por el Espíritu para ser tentado (Mc 1,12-13). Las tentaciones sirven para sacar de nosotros lo mejor que tenemos, en respuesta a la mentira que se nos ofrece como fácil solución. A través de los problemas y dificultades de la vida, a través de las sequedades y oscuridades del camino interior, somos estimulados a fin de que nos encontremos y reconciliemos plenamente con nuestra verdad de criaturas, y en ella, con el amor del Creador. El amor que nos comprende y desea con fervor divino que cada uno llegue a ser él mismo.

De modo que la experiencia de desierto, igual para nosotros que para el pueblo de Israel, resulta ese gran talismán que pone al descubierto lo oculto de nuestros corazones: preferir las ollas de Egipto o la libertad y la responsabilidad de la llamada divina.

Esta es la fe pura y desnuda que va madurando el desierto en nuestros corazones: caminar a la luz de una llamada no es caminar bajo ninguna otra luz. *El justo vive de la fe*. Ningún resultado, positivo o negativo, es el fundamento de mi confianza y abandono en Dios.

La experiencia del desierto nos ayudará a superar el miedo a la muerte. Cuando *sólo Dios basta*, experiencia madura de todo desierto -la pobreza radical, la enfermedad, el fracaso, la soledad existencial del corazón, etc.- ninguna forma de muerte o de participación en la muerte tienen carácter de mal definitivo. La muerte vivida bajo la guía de Dios, es siempre camino hacia la vida y vida en sí. Porque sólo es muerte absoluta -muerte sólo muerte-, aquello que nos separa de Dios.

Y así el desierto, en cuanto que experiencia de muerte a todo cuanto no es Dios, es maestro de vida, es experiencia de vida en Dios y con Dios. Saber morir a todo lo que es muerte, para vivir sólo o lo más posible en lo que es vida. ¡Tantos todavía viven en la muerte! Dar muerte a la muerte con la vida que nos viene de dejarnos conducir por Él. ¡Hay tanta vida en el gozo de vivirse uno a sí mismo como amado de Dios!

El miedo a la muerte es propio de quienes todavía no han experimentado como suya una vida más grande: la del amor de Dios derramado en nuestros corazones como garantía de plenitud.

Dios saca bien de todo mal y nos enseña a vencer el mal con el bien. El éxodo de los israelitas nos recuerda que Yahvé, el Dios de la Vida y de la Libertad, no deja de intervenir a favor de su pueblo en los momentos difíciles. *No permitirá que resbale tu pie. No duerme ni reposa el guardián de Israel.*

Y así, en la infidelidad y rebeldía del pueblo (pueblo de dura cerviz) contra Moisés y Aarón (en el fondo contra el propio Yahvé), hace brotar el canto de la misericordia y del perdón (Dt 32, 1-12). En este himno el pueblo reconoce, celebra y canta, que su Dios no los dejó a mitad de camino (entre la esclavitud y la libertad, entre la vida y la muerte), pese a su desconfianza y tozudez. La misericordia salvadora de Dios se hace patente no permitiendo que su pueblo sea víctima de su propia rebeldía. ¿Cabe mayor misericordia? Es la pedagogía divina que nos conduce siempre a lo que es mejor

haciéndonos crecer en la fe en Dios y en nosotros mismos en los pasos más oscuros de nuestro caminar.

Por tratarse de una misericordia liberadora no puede condescender con lo que nos esclaviza, nos empequeñece o nos aparta de nuestras verdaderas metas de realización y felicidad. Nos va ayudando a sacar las lecciones pertinentes del camino hacia la libertad. Camino imposible si el que lo recorre ha perdido la fe en sí mismo y las verdaderas metas de su caminar. Dios se encarga de recordárnoslas.

En la misma línea de la pedagogía de la confianza, el maná y el agua de la roca, son la respuesta de Dios a las murmuraciones y desencantos de su pueblo peregrino (Núm 20, 1-13). Dios no nos lleva al desierto para que muramos en él, sino para que aprendamos a confiar en Él y en nosotros mismos.

Y cuando amenaza la muerte por picadura letal de la serpiente, mirar la señal elevada en bronce es suficiente para sanar del daño inoculado (Núm 21, 4-9). Se trata de un mirar más alto, más confiado, despojado del miedo a la muerte. Mirada que siempre sana las profundidades de la vida de quienes así miran. Una serpiente diminuta que se oculta en la arena que pisamos, y otra que da la cara en lo alto de una insignia liberadora. Poder de los símbolos. Símbolos de libertad que nunca faltan en todo proceso de búsqueda de sentido, libertad y felicidad. ¡Saber mirar los símbolos!

Esta es la lección ininterrumpida del paso por el desierto: en todo paso problemático o difícil, incluso provocado por nosotros mismos, por nuestras idolatrías y falsas concepciones de la vida, Dios interviene para obrar a favor de sus elegidos. Dios no permite que seamos víctimas del mal que nosotros mismos nos hacemos o nos buscamos.

Elegidos de Dios somos todos. “Elegido” no significa “preferido en su afecto”, sino “llamados a aprender una lección”, alumnos de la pedagogía divina, que constantemente nos recuerda que estamos llamados a más, y no nos podemos conformar con menos; y que todas las empresas humanizadoras han de superar por la fe y el amor a la vida, aquellas trabas que parecieron querer apartarnos de nuestras metas más irrenunciables.

El desierto, lugar privilegiado para conocer el Corazón de Dios. Es la consecuencia de todas las enseñanzas anteriores: dejándonos guiar por Dios, que nos unifica en nuestro ser más íntimo, que nos hace descubrir el sentido, valor y misión de nuestra vida, más allá de todas las muertes, nos permite evidenciar que el desierto es espacio de intimidad compartida con Dios, donde aprendemos que *¡sólo Dios basta!*

En el lugar abierto e inhóspito, sin cobijo y plagado de amenazas que es el desierto -¡oh paradoja!-, Dios ha puesto su tienda para el encuentro amoroso entre Él y su criatura. Desde Abrahán, que peregrinó por el desierto guiado por la Promesa divina (Gén 12, 1-9; Rm 4, 13-25; Heb 11, 8-19); Moisés, que se adentró en el Misterio de Dios cuando conducía los rebaños de su suegro Jetró por el desierto (Ex 2, 11-15; 3, 1-12); Israel, escapado de Egipto, atravesando el desierto hacia la tierra prometida; Elías, peregrino cansado de sus luchas religiosas, no va al monte Horeb sólo a buscar un refugio; va conducido por Dios a descubrir y gozar en la intensa soledad, del corazón apacible de Dios (I Rey 19).

Y lo mismo, la esposa infiel de Oseas, es llevada al desierto, no para dejarla morir de hambre y frío, sino para que pueda allí, libre de todas las seducciones de la mentira, reconocer la voz y los dones incomparables de su verdadero esposo, amante y fiel (Oseas 2). En el desierto nos ponemos en contacto con la ternura inagotable de Dios. Por eso, sin la experiencia de desierto, nunca sabremos lo que es la verdadera conversión: volverse decididamente hacia el Dios que nos alimenta con el

verdadero -profundo- sentido de la vida humana: el amor -su Amor- como fuente única de salvación, de realización personal, de constante renovación de la alegría de vivir (Sal 81).

Quien no ha pasado por el desierto no llegará a saber que el corazón de Dios late apasionadamente por él, late día y noche con el sonido de su nombre. Que Dios es Amor y que yo soy el latido de su corazón amante.

Los desiertos de la vida y la práctica periódica del Desierto

Este trabajo, cuya finalidad principal es resaltar la importancia decisiva del desierto en nuestra vida espiritual, quiere ser también una invitación a entrar en la práctica del desierto. Aceptar los desiertos que la vida nos trae como parte del camino hacia la libertad, y procurar la práctica asidua del desierto, como pedagogía del amor divino. Todo desierto -escribe Saint Exupery- tiene en algún lugar un pozo de aguas puras, refrescantes. Es el pozo del Amor de un Dios que quiere saciar tu sed más profunda.

En este tercer apartado, resaltamos tres motivos, de honda raigambre humana, que nos incitan a entrar en los desiertos con corazón confiado. Cada uno de ellos contiene un arsenal de valores humanos que, por serlo en radicalidad, lo son por derecho propio cristianos.

La soledad, destino del hombre. Cada humano marcha solo por su propio camino. La soledad es “destino” del hombre itinerante. Sin embargo, como nos recuerda Merton, *tememos estar solos y ser nosotros mismos, y así recordar a otros la verdad que hay en ellos mismos* (Thomas Merton, INCURSIONES EN LO INDECIBLE , 31 – Sal Terrae, Santander 2004). En la soledad interior de la mujer y del hombre, se esconde lo mejor de sí como vida y destino. Por ello necesitamos entrenarnos, prepararnos, madurarnos para saber estar solos, a gusto uno consigo mismo, viviendo una soledad positiva. La soledad de la que aquí hablamos puede muy bien entenderse como conciencia clarividente de la necesidad de darse, de la imposibilidad de realizarse sin una entrega de amor. Cuanto más y mejor voy siendo yo mismo, más evidente se me hace que necesito de los demás. Esta conciencia paradójica crece en la soledad del desierto cuando percibo que soy alguien distinto a todos pero necesitado al mismo tiempo de todos. Descubrir mi yo único, original e irreplicable, en la soledad del desierto, me conducirá a valorarme y estimarme a mí mismo siempre en función de los demás.

Pues bien, el desierto en la revelación bíblica contiene las bases de esa maduración en la propia conciencia personal y en la necesidad del “otro”. *Es el solitario (en la ciudad o en el desierto) quien hace a la humanidad el inestimable favor de recordarle su verdadera capacidad de maduración, de libertad y de paz* (Ibd. 30-31).

Pretender negar la necesidad del desierto equivaldría a suprimir la dimensión vertical de la existencia humana, el contacto con Dios, lo gratuito de una oración silenciosa y prolongada (*a solas con el solo*, diría san Juan de la Cruz), el trato cara a cara con el ser trascendente. Dios me quiere “otro” a Él, para poder ser Él mi Otro. Dios quiere gozar de mi personalidad única, aquella que concienzo y maduro en la soledad positiva del desierto.

En el trato con el absolutamente Otro, ahondo cada vez más mi soledad interior como espacio en el que Él vuelca su amor. Y me da la certeza de que nunca estaré solo en tanto en cuanto sepa descubrirlo a Él en mi propia soledad de peregrino.

La fidelidad del hombre a sí mismo se alimenta en el desierto. Todos conocemos situaciones existenciales en las que estamos convencidos de que no podemos dar más de nosotros mismos, en las

que uno parece sitiado por fuerzas adversas, como reducido a la impotencia y víctima del absurdo y el sinsentido. Cuando estamos viviendo tales situaciones, llegamos a pensar que el fracaso, incluso la frustración, se han hecho dueños de nuestras vidas, y que no hay vuelta atrás ni sendero hacia delante.

Momentos en que nuestra conciencia de misión en la vida (en la familia, la sociedad, la empresa, la Iglesia...) se oscurece bajo incomprendimientos, rechazos, marginaciones, cambios de timón... ¿Qué se puede hacer en tales casos, lo mismo que cuando una pérdida de poder activo, por enfermedad u otra circunstancia nos aparta de nuestra tarea más querida? Solo la práctica fiel del desierto ofrece al humano una salida de fe y fidelidad en tales momentos. Aceptar esa impotencia inevitable, con paz, con amor a la vida siempre más grande y extensa que la que vivo o puedo vivir yo en el despliegue de mis fuerzas creativas, espirituales, ya es una hermosa práctica del desierto. Y como tal, será un reencuentro con lo más rico y jugoso que existe en ti. En el desierto de tu impotencia bajo la guía del Espíritu de la libertad y el bien común, aprenderás a ver el triunfo del bien sobre muchas formas del mal, que antes, en el vértigo de tu actividad generosa, no alcanzabas a descubrir.

Los impulsos más bellos que cada uno encerramos en los veneros de nuestro ser más puro, así como aquellas intuiciones imperceptibles que pasan ante nuestra conciencia como relámpagos, o aquellas burbujas que suben de la oscura profundidad y que un invisible fermento trabaja día y noche, noche y día (M. Lègaut) se perderían sin su fruto más sabroso, de mayor gozo y bien común, si aquel que siente tales impulsos, intuiciones y fermentos del ser, no buscara en el desierto sus mejores momentos de maduración. Porque toda vida activa tiende a convertirse en tirana del mismo que la realiza, el humano que ama su actividad ha de moderarla, encauzarla, purificarla con la práctica del desierto periódico.

El amor a los hermanos y la práctica del desierto. Jamás el desierto como espiritualidad bíblica será negación del amor fraterno y de sus múltiples y delicadas consecuencias. Antes bien, nació dicha espiritualidad para prepararnos a dicho amor. Y adquiere tal amor, en la práctica del desierto, una hondura, que es la gratuidad, como solo de Dios puede venir.

No temáis -dice C. Carretto- que la fraternidad y el servicio a los pobres sufran mengua alguna por retiraros al desierto. No temáis que disminuya vuestro amor al prójimo al aumentar vuestro amor a Dios. Otra cosa sería que fuésemos al desierto como evasión o desdén hacia la convivencia. Pero si es para encontrarnos mejor con Dios y con nosotros mismos, no hay que temer ninguna pérdida ni disminución en la eficacia evangélica de nuestra vocación que saldrá favorecida.

Y T. Merton añade:

El solitario no puede sobrevivir mientras no sea capaz de amar a todos sin importarle el hecho de que probablemente todos le consideren un traidor. Sólo el hombre que ha alcanzado plenamente su propia identidad espiritual puede vivir sin necesidad de matar ni de una doctrina que le permita matar con buena conciencia. [...] Pero su lugar es la soledad. No tiene otro. (Ibd. 30).

Es preciso recordar que toda convivencia humana lleva consigo desgaste de energías psíquicas, morales y espirituales. Y que el compromiso de encarnación sin reservas en el mundo de los que sufren, lacera las sensibilidades más agudas de nuestra alma. Acudir al desierto, precisamente porque no nos queremos “quemar” en el servicio a los pobres, es ya una forma sincera de amor a los pobres, que lo sostendrá en toda su lozanía y frescura evangélica.

Renovado, rejuvenecido en el espíritu del desierto, el amor cristiano no es ninguna forma de proselitismo de grupo ni de protagonismo salvador. Es un acto de abandono en las manos del Padre, a fin de que su voluntad salvífica universal, o si se prefiere, su Reino de Justicia y Paz, venga a aquellas realidades humanas a las que hemos entregado nuestro amor.

En toda experiencia auténtica de desierto, sea venida a nuestras vidas sin ser deseada, sea buscada como soledad para encontrarnos con “el solo”, somos tentados por la eficacia a ultranza, por los residuos de “poder como servicio” que puedan quedar en nuestro espíritu, por el miedo a echar a perder nuestra vida...; pero siempre saldremos fortalecidos para un amor que se da sin pedir nada a cambio.

Los versos del romántico inglés Shelley, sonoramente traducidos por Leopoldo Panero, nos ayudan a poner punto final a esta meditación sobre el desierto, como misterio de la soledad del hombre, del desamparo humano, siempre abierto a una fe que nos reconcilia con la belleza, con la pureza, con el amor, frecuentemente dormidos en el corazón del ser que peregrina en la tierra, y que despiertan con un nuevo gozo de vivir para cuantos no se resisten a entrar en el desamparo del desierto.

*El desierto nos habla con misterioso acento;
y una trágica duda, cual roedor gusano,
socava la conciencia donde tiene su asiento
la soledad del hombre y el desamparo humano;
pero una fe más dulce, más serena, más alta,
nos reconcilia y hace creer en la belleza;
en las cosas hermosas; en el amor que exalta
y despierta en el hombre su dormida pureza.
[...] a las almas egregias brindas tu compañía,
y sus conciencias tornas puras como diamantes.*

Shelley, en POETAS ROMÁNTICOS INGLESES, P 136 – Planeta, Barcelona 1989.

Shelley, como todos los buscadores, como todas *las almas egregias* -según el léxico utilizado por el poeta-, incapaces de conformarse con lo trivial y rutinario, ahonda en su propia soledad, y sobrevuela sus dudas existenciales, hasta encontrar en la fe en sí mismo y en el sentido de la vida humana, la reconciliación con la desnuda realidad, jamás desprovista de altura, gozo y fecundidad.

Consciente de ello, ofrezco mi humilde resumen, que, como tal, es deudor de cuantos, por delante de mí -Moisés, Oseas, Juan el Bautista, Jesús de Nazaret, y tantos otros, hasta llegar a Carlos de Foucauld- han encontrado en el paso por el desierto los frutos que más han embellecido sus vidas, haciéndolas, a su vez, más útiles para los demás.

HALLAR a Dios en nuestro propio ser
que es el reflejo del Ser de Dios.
Hallarme a mí mismo en Dios,
que es la Fuente de mi ser.
Hallar a los hermanos en Dios y en mí mismo,
porque no tengo razón de ser sin los hermanos,
ni Dios quiere ser sólo Padre para mí.
Hallarme a mí mismo en los hermanos,
porque nada mejor que ellos

me revelará lo que el Padre espera de mí.
Y, sobre todo... ¡hallar a Dios en Dios!:
porque, el mayor secreto de Dios,
es Dios mismo.
El verdadero descanso del corazón en el Desierto
es escuchar dentro de sí la voz de Dios.
El Desierto encierra en algún lugar de su trayecto
esa Palabra que basta
para hacer hermosa y fecunda una existencia peregrina.

*Antonio López Baeza.
Archena, febrero de 2011.*